

Justicia poética

De Miguel Serrablo (*seudónimo*)

Gabriel se esfuerza por no mirar. Trata de fijar su atención en las nubes que navegan hacia paisajes remotos, ¿pero quién puede resistirse? Si al menos se dieran prisa. Cierto que fusilar a tres hombres obliga a liturgias inquebrantables, pero el teniente se está recreando en exceso. Hace tiempo que persigue un triunfo así y desea disfrutarlo al máximo. Cambia a los desdichados tres veces de sitio, buscando sin duda la mejor estampa, y no puede evitar pronunciar un discurso patriótico y exaltado, como si en vez de matarlos contra la tapia estuviesen en la arena de un circo. Gabriel es consciente de que se exhibe por él, para que después comparta detalles con todo aquél que pregunte, y por eso la forzada indiferencia que trata de mostrar le resulta asimismo tan incómoda. Igual si presto atención terminamos de una vez con esto, se dice, y entre ese pensamiento tramposo y la querencia natural del ojo a mirar donde no debe, deja volar las nubes y atiende al fusilamiento.

No es que sea un mero espectador sin oficio ni beneficio. Está allí trabajando, los tres ataúdes de madera que hay en el carro así lo atestiguan. No están hechos a medida, pero eso importa poco. Apenas le han avisado, ha enganchado la mula, ha cargado tres féretros de los que tiene ya preparados y se ha encaminado hacia el cementerio. Hace semanas que se lo tienen dicho, Desbroza ese rincón y estate listo, que van a caer como moscas. Así que cortó la madera, hizo los ocho ataúdes que le habían pedido y limpió de matojos y piedras el prado que se extiende detrás del camposanto. Han pasado seis días desde que lo dejó todo a punto, a la espera de que los augurios del teniente se cumpliesen. Después, a seguir con sus rutinas hasta recibir aviso.

Han mandado a un crío para dar la alerta. Gabriel, que dice el teniente que han cogido a tres y los van a llevar donde tú ya sabes. Estaba almorzando, así que dedujo que no iban a esperar hasta el amanecer del día siguiente y al terminar de comer se puso en camino. Pastor se hizo el remolón, se quedaba recostado junto al fuego mientras Gabriel cogía la pala y enganchaba la mula, pero luego les ha dado alcance con ese trote de lobo que algún antepasado inventó para cazar por extenuación.

Entonces siempre hace lo mismo, se adelanta, se pierde de vista, se acomoda en un otero a la vera del camino y deja que Gabriel pase, mirándolo en la distancia con sobriedad de apache. Después viene otra carrera, y otra, y otra más, como si tuviese memorizados los senderos por etapas. Es su forma de tenerlo todo bajo control, piensa Gabriel mientras siente la mirada del perro en la espalda. Sería una estupidez admitirlo, pero esa extraña forma de proceder le hace sentirse a salvo.

Como ha llegado temprano, ha tenido tiempo incluso para excavar las tres fosas, ese terreno es muy blando y las lluvias de la semana pasada lo han dejado perfecto para sepultar cuerpos. Cuando han aparecido los guardias con los tres prisioneros, Gabriel ya estaba sentado en el pescante del carro, con la pala sucia de barro y Pastor enroscado a sus pies, durmiendo la siesta que creía ya perdida.

«Coño Gabriel» le ha dicho el teniente con una sonrisa, «parece que tengas tú más prisa aún que yo en deshacerte de éstos»

Los detenidos no han prestado atención a las fosas, tan sólo uno de ellos ha tenido el gesto reflejo de asomarse un poco para ver el fondo, pero vienen tan apaleados que bastante hacen con guardar el equilibrio y mover un pie detrás de otro. Gabriel los ha observado un momento para ver si conocía a alguno, pero son los tres forasteros, condenados a morir lejos de casa. Luego ha desviado su atención al cielo con la esperanza de que el desenlace fuese rápido, pero qué va, el teniente aún los cambia otra vez de sitio, mide los pasos para fijar el pelotón de fusilamiento y repite su arenga patriótica, gritándole a las montañas con la certeza de que los demás bandidos están por allí, mirando desde los riscos.

Por fin, los tres condenados están maniatados contra la tapia. Desde el pescante del carro, Gabriel puede ver la escombrera de tumbas que se extiende al otro lado. Nadie quiere a un criminal enterrado a un palmo suyo, así que los cuerpos de estos hombres se los comerán los gusanos de extramuros, donde por lo general no caen sino huesitos pelados que Gabriel amontona allí cuando desaloja un sepulcro. No les pongas ni una cruz, ha dicho el teniente al calibrar las fosas, algo decepcionado al descubrirlas tan profundas. Si no fuese porque tiene instrucciones de guardar cierto decoro, ofrecería los cuerpos a las alimañas.

Las tumbas no son nubes, no se mueven, no forman compactas naves en busca de nuevos mundos, sino que permanecen estáticas y tenaces, ancladas a la perpetuidad del suelo. Es la mirada la que tiene que moverse, y en el recorrido que los ojos hacen por este pútrido paisaje es inevitable embarrancar en el rostro de esos hombres. Gabriel es lo contrario a un individuo emocional, hay quien afirma incluso que tiene la sangre empozada en los pies, pero hay que ser de una naturaleza muy extraña y miserable para observar impávido el gesto de un hombre que va a morir. El teniente les ha negado incluso la ceremonia ancestral de vendar los ojos, creyendo que de esta manera les provocaba más daño, cuando en realidad está perjudicando la serenidad de sus soldados. Por muchos enemigos que hayas matado, jamás será lo mismo derribarlos a distancia que acribillarlos a seis pasos, con las manos atadas y mirándote con expresión de horror y súplica. Formar parte de un pelotón de fusilamiento sólo se puede sobrellevar si te convences de que estás haciendo prácticas, disparándole al espantapájaros de aserrín y cáñamo, pero un rostro con mirada es imposible de obviar, se paralizan las manos y el corazón se encharca de niebla.

De los tres hombres, uno de ellos parece estar más sereno, o al menos no gesticula con la desesperación que muestran los otros dos. Se diría que tiene el evento ensayado, si es que algo así puede prepararse por anticipado. En la vida de un bandido, han de ser muchas las noches en las que se temerá este momento, largas horas junto al fuego con los labios apretados y la mirada perdida en las llamas. El susurro de la muerte silba siempre en los oídos, pero no ha de sentirse igual que cuando caes fulminado en una veloz refriega. En un fusilamiento, al vértigo de la oscuridad se añade el regocijo del otro, que te acompaña al abismo y te empuja sin miramientos. No hay maleante en el mundo que ignore la pesadilla de morir ajusticiado, pero han de ser muy pocos los que lleguen preparados a tan decisivo instante. Este hombre, al parecer, ha pensado mucho en ello, pues ejerce un control férreo de sus emociones y no se deja contaminar por la opresión de esta escena. Al contrario, se ha separado medio paso del lugar que le asignaron, como si quisiera dejar constancia de que fue moldeado con otro barro. No puedo escoger con quien morir, parece decir en silencio, pero que no nos entierren juntos. Mastica una brizna de hierba entre los dientes, y cultiva un gesto arrogante que contrasta con la pobreza de sus ropajes. En un momento dado, quizás al sentirse observado, este hombre

impasible desvía su atención del pelotón de soldados y repara en la presencia de Gabriel, encaramado al carro de sus ataúdes. Sus miradas se cruzan y el hombre que va a morir sonríe, dejando una impronta extraña al instante brutal que está viviendo.

Ninguno de los dos escucha las órdenes, como si esa mueca imprevista hubiese inflado un globo y estuviesen amparados por una burbuja. Gabriel siente una vibración del aire, un desplazamiento de luz que sacude el paisaje y el cuerpo del hombre se estremece, separando un poco los labios y dejando caer la brizna sin descomponer la sonrisa. De la chaqueta rasgada y polvorienta que le cubre del frío brota un coagulo de sangre, y sus rodillas se doblan con una velocidad lenta, sin dejar que el peso del cuerpo venza y se desplome. A diferencia de sus dos compañeros, tumbados ya contra la tapia, este hombre se va encogiendo poco a poco, empeñado en morir de la manera más digna. Es ahora cuando la burbuja se rompe y Gabriel percibe el eco de los disparos conquistando el valle. Tiene que sujetar a Pastor, que se asusta con los estampidos y siente el instinto de atacar al hombre herido.

«Sujeta al perro» gruñe el teniente, «que todavía no hemos acabado»

Gabriel afirma los dedos en torno a Pastor y el teniente desenfunda la pistola que guarda en el cinto. Con un ademán solemne, recorre la distancia que le separa hasta la tapia y, apuntando con ceremonia, les da el tiro de gracia a los dos hombres que yacen inmóviles contra las piedras, muertos ya con el primer disparo. El tercer hombre, sin embargo, conserva un hálito de vida en su pierna izquierda.

«Este cabrón sonríe» dice, antes de apuntar de nuevo y meterle una bala en la frente. Entonces guarda la pistola, se gira hacia las montañas y abre los dos brazos en un gesto desafiante, escudriñando los bosques a la caza de más sombras. Después, algo decepcionado por el silencio reinante, se limpia las botas contra el pantalón del muerto y reúne a sus hombres.

«Necesitaré que me ayuden a bajar las cajas» habla por fin Gabriel, señalando las fosas. El teniente lo mira, demora un segundo en comprender y designa con el dedo a un guardia.

«Mañana búscate a un ayudante, Gabriel, porque habrá más»

Se marchan los soldados con el alivio del deber cumplido, parecía cosa imposible fusilar a un hombre y bastaba con cerrar los ojos y ceder al impulso de una voz de mando, qué bien engrasado está el mundo. Todos menos el guardia que ayudará a Gabriel, que no sabe dónde poner el arma. Hace ademán de apoyarla en el muro, pero le asalta el recelo de que alguno de los fusilados tenga el cuajo suficiente para seguir vivo y se queda mirando, acostumbrado al estímulo de una orden.

«Puedes dejarla en el carro» sugiere Gabriel. «Démonos prisa o nos caerá la noche»

La mención de la noche obra el milagro y el guardia reacciona, temeroso de quedar desamparado y a oscuras. Quién sabe si no están cerca los compañeros de estos muertos y deciden vengarse en sus enterradores. Mejor acabar cuanto antes y regresar a la aldea, donde las sombras son menos sombras y los muros de piedra conceden un respiro frente al bosque encarnizado y peligroso. El guardia deja su arma en el pescante del carro y extiende los brazos para sujetar los féretros que Gabriel le va alcanzando uno por uno, cuidando de que las tablas no se descuadren. No es tan sólo que haya escasez de clavos, es que Gabriel es consciente de que tuvo que aprender con demasiada premura este oficio y desconfía de su artesanía. No basta con voluntad y escrúpulos, la madera es un ser vivo y precisa de una vocación congénita de la que Gabriel carece. Incluso un objeto tosco como el ataúd de un proscrito exige una destreza técnica para obtener algo digno y que el muerto se mantenga sereno y contenido, sin que de pronto se desfonde una tabla y quede un brazo colgando.

«Esta esquina está abierta» señala el guardia, algo avergonzado por su descubrimiento. Gabriel busca una punta en el bolsillo, empuña el martillo que carga en el cinto e inserta el clavo con un golpe seco que cierra la grieta. Después contempla a los muertos y calibra sus dimensiones.

«Cógelo de los pies» dice, aproximándose a uno de los hombres que está tumbado contra la tapia. Con gestos torpes y desacertados, levantan el cadáver y lo llevan hasta los féretros. Pastor se confunde, interpreta que están jugando y se entromete en sus pasos, haciendo tropezar al guardia y provocando un juramento.

«¡Sal de ahí, a ver si te voy a pegar un tiro!»

La mirada de Gabriel basta para que el guardia se amedrente y quede en silencio, incómodo con su propio gesto. Cuando meten el cuerpo en el féretro, la anatomía del muerto se expande hasta llenar el hueco, qué particularidad la del ser humano que ni en su tumba admite pasar desapercibido. Con el segundo cuerpo el transporte es más rápido, acarreado un muerto acarreados todos, parecen decir las manos que ya saben donde asirse. El tercero, sin embargo, exige que lo desplieguen de su posición de ovillo.

«Tengamos cuidado» dice Gabriel, «que no se quede rígido»

Le estiran las piernas, le acomodan los brazos y, cuando tiene ya una posición natural, lo alzan en vilo y lo depositan en el ataúd restante. Este hombre, a diferencia de los otros dos, no se relaja y se ajusta al espacio concedido, sino que parece incluso más pequeño, agazapado a la perpetuidad de su encierro. Conserva la sonrisa inaudita de sus últimos segundos, pero el cuerpo desvela una actitud de amenaza.

«Es curioso» comenta el guardia, «parece más tenso ahora que cuando estaba vivo»

Gabriel está de acuerdo, pero no dice nada. Será que siente la opresión de esta jaula, piensa, acariciando la madera que encarcela el cuerpo. Cuando clava la tapa de los primeros dos féretros no siente el impulso de mirar los rostros, no verá nada nuevo y más vale poner la atención en no machacarse un dedo, pero con el tercer hombre la tentación resultará ineludible. Gabriel emplea un segundo largo y silencioso en buscarle los ojos, escamado por un destello que ahora le parece vagamente familiar. En la frente hay un orificio profundo, como un taladro sanguíneo hasta el hueso de los pensamientos, y en los labios persevera esa sonrisa enigmática que parece corresponder a otras vidas. Al poner la tapa y ocultar el cuerpo, Gabriel tiene la sensación de que va un paso por detrás de todo, encadenando acciones para las que no encuentra sentido a pesar de que hay algo, una alerta, un chispazo fugaz y sinuoso, que le induce a inventariar recuerdos. Aún no ha clavado tres puntas y detiene el gesto, con el martillo en el aire y el siguiente clavo apresado entre los dedos. Hace

palanca entonces y desclava lo clavado, devolviendo algo de luz al muerto. En los labios semiabiertos, con un ademán preciso y delicado, deposita una espiga y después clausura por fin el féretro, golpeando cada clavo con una disciplina hipnótica.

«¿A que ha venido eso?» pregunta el guardia, tomando la cuerda que le alcanza Gabriel desde el carro. La tarde cae rápidamente y las sombras de los árboles se alargan, poblando el paisaje de temores y fantasmas.

«Justicia poética» dice Gabriel con un tono áspero, estirando su cuerda a través de la tumba e invitando al guardia a hacer lo mismo. Cargan después uno de los féretros hasta el borde de la fosa y, pasando las cuerdas por debajo, lo hacen descender despacio hasta depositarlo en el lecho de barro. Repiten el gesto con los otros dos ataúdes y, cuando devuelven las cuerdas al carro y Gabriel toma la pala, el guardia recupera el arma y se despide sin ceremonias.

«El resto puede hacerlo solo» dice, encaminándose hacia el pueblo. A pocos metros se detiene y se vuelve, rumiando algo en los labios. Gabriel llama a Pastor con un silbido y el perro acude hasta el montón de tierra donde su amo está hundiendo la pala.

«Siento lo que le dije al perro...» dice el guardia desde el borde del camino. «Oiga, eso de la justicia poética... ¿Usted era el maestro, no? Me contaron que un día cerró la escuela y nunca más quiso dar clases... ¿Es cierto? ¿Por qué lo hizo?»

Gabriel clava la pala en el suelo con el peso del cuerpo, inclinándose hacia adelante y pisando la herramienta con la suela podrida de su alpargata. Con un gesto mecánico impulsa los brazos y una capa de tierra vuela y se derrumba sobre el féretro, componiendo un rumor de lluvia. Sigue un segundo largo de silencioso ocaso, sin más interrupción que un graznido de cuervos en un barbecho alejado.

«Ya no había nada que pudiese hacer por los vivos» responde Gabriel con un susurro tenso, la mirada rendida en la fosa y el cuerpo minado de herrumbre. El guardia espera una explicación extensa, pero los labios de Gabriel se cierran con un

gesto hermético y la pala entra en la tierra, produciendo un chasquido seco de costuras rotas.

«Dese prisa» dice por fin el guardia, «o le cogerá la noche»

Dándole un puntapié a un terrón de barro, el guardia regresa al camino y aviva el paso, enfilando el murallón de álamos que anuncia los límites del pueblo. Gabriel permanece inmóvil, con la pala incrustada en el suelo y el pensamiento varado en otra escena. Pastor se acerca, se sienta a su lado y apoya su cabeza peluda en la pierna, allí donde sabe que su amo abrirá la mano y le estrujara una oreja con ternura. Gabriel hace el gesto, atrapa el pelo del perro y lo moldea en los dedos, provocándole un ronquido plácido. Él, sin embargo, mastica con horror la sospecha de que en el hombre de la espiga está enterrando a un viejo alumno.